



Los felinos del canciller

MARCO PALACIOS

Ilustraciones: Lina Espinosa

“...ademanos del habla suprepticia...”

JAIME GARCIA TERRES, *Polisemia*.

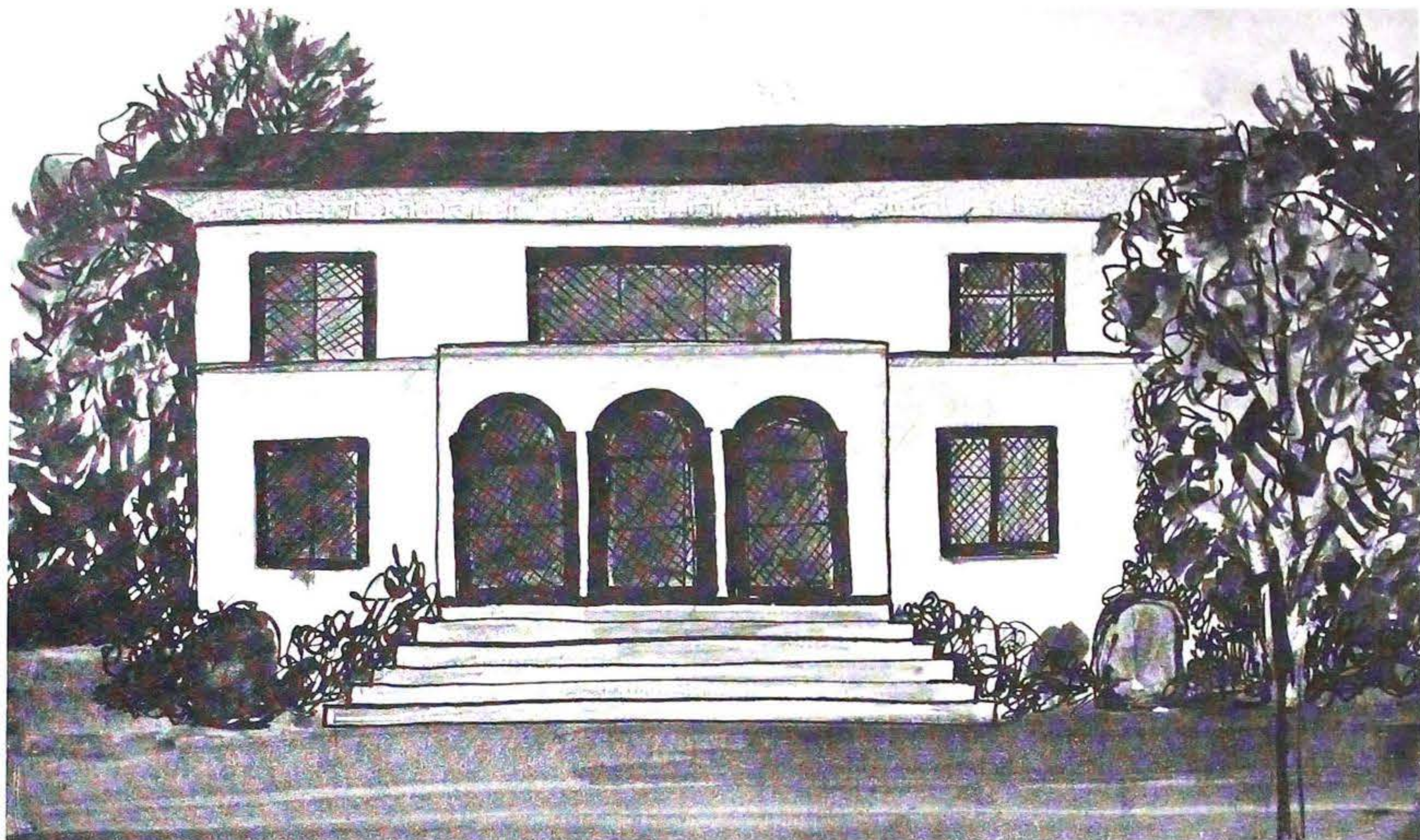
EN LA INTRODUCCION a una de las obras más influyentes de la historiografía colombiana de nuestros tiempos, el autor, Luis Ospina Vásquez, advierte ciertas dificultades inherentes al oficio de historiar la economía: “Otros aspectos del tema son difíciles de tratar por otros motivos: no se puede citar, entre las causas del difícil adelanto económico de cierta región nuestra, llamada por la generosidad de la naturaleza a una gran riqueza; el hecho de que en ella la política se haya reducido con frecuencia a una pugna entre grupos de hampones [...] Y en el supuesto de que se pudiera dar tratamiento adecuado a lo que, al fin y al cabo, es cosa tangible, no muy difícil de percibir y de describir, faltaría aun dar entrada a un elemento sumamente importante, pero este sí difícil de captar y de transmitir: la ‘atmósfera’, las ‘atmósferas’ sucesivas del país y sus regiones, elemento esencial en la historia de la evolución económica. Medellín, en las dos últimas décadas del siglo pasado y en la primera de éste, vivió un momento de vida notablemente intensa, que encontró expresión no sólo en la producción literaria, sino que también dio vigor mayor y nuevos horizontes a cierto ‘romanticismo de lo práctico’ [...] Una sacudida de carácter un poco semejante debió sufrir la generación bogotana que montó las grandes haciendas del occidente de Cundinamarca [...] Pero aunque no falten los datos no es fácil dar razón de fenómenos de esta clase: se requieren dotes poco comunes, tal vez dotes de novelista”¹.

Con esta guía en mano, en busca de esas “atmósferas”, he leído la última novela de Rafael H. Moreno-Durán.

Los felinos del canciller refiere la trayectoria de una familia de clase alta bogotana que se va refugiando en las conveniencias y en simbolismos, puesto que los materiales con los que está construida su ideología son muy endebles; va perdiendo el don de la clarividencia; la tabla de sus valores deja de ser un saludable cuadro ecléctico para convertirse en un palimpsesto, y su riqueza es un dato rodeado de bruma. Una clase que al ser recordada en 1949 y desde Manhattan por el último vástago de la dinastía, Félix Barahona, recién cumplidos los treinta y cinco años y en la mitad del camino de la vida, sólo dispone de un recurso: la imaginación.

La acción de la novela progresa por alusiones y alegorías en las cuales lo trivial se convierte en legendario; en símbolos cuyo misterio interpretativo reside, como en una partitura, en la capacidad creadora de cada instrumentista. No

¹ Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Medellín, E. S. F., 1955, págs. X-XI.



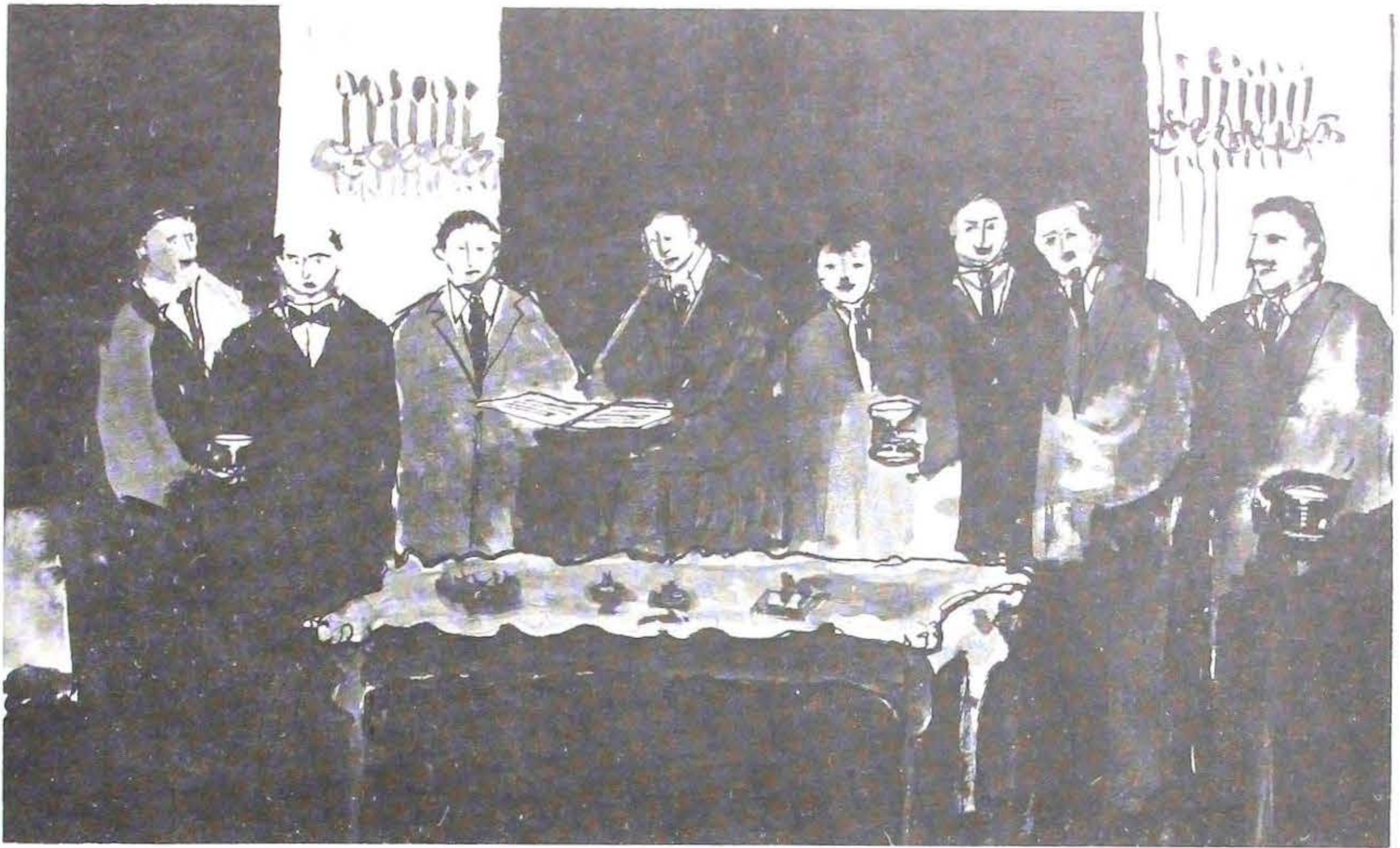
obstante, quiero subrayar que mis juicios no son estéticos; no soy un crítico-instrumentista sino un lector encaminado a cotejar el grado de verosimilitud de la novela.

La seductora novela de Moreno-Durán es desconcertante por muchos aspectos. Me interesa destacar éste, que formulo como pregunta: ¿Son los Barahonas representativos de esa clase que asciende y manda en la Atenas Suramericana desde la Regeneración hasta 1949, cuando el esquema de la “democracia de caballeros” o del “convivalismo” queda roto en mil pedazos?

¿Son arquetipos de una clase, o desde su ascenso y florecimiento político-diplomático son apenas una mera supervivencia, una especie de supernova cuyo resplandor no es más que el signo diferido de su muerte?

Cotidianidad y política

Es notable —y de eso se ocuparán los críticos— de qué manera las estructuras de la cotidianidad de los Barahonas están orientadas hacia lo secreto y exclusivo. Sus gustos musicales y cromáticos, sus olores favoritos, la disposición hacia un ocio “helénico” y su espacio vital, todo parece contenerse en sí mismo. El escenario es casi siempre su casa, desconectada del vecindario, de la calle, del entorno. En Bogotá el escenario incorpora, con reticencias, a los de su condición y excepcionalmente describe los ritos de beodez de la crápula universitaria: “mirringa, mirronga, la gata candonga”. La casa Barahona se había sellado para “el vulgo” de modo violento y grosero el día en que Gonzalo incumplió el juramento hipocrático rechazando sus servicios de médico a un moribundo. En sentido literal, el escenario se abre en las Antillas o en Nueva York, personificando así la actitud apátrida de una clase o cuando menos de una familia.



Para ser verosímil, la vida cotidiana de los Barahonas debería estar en el núcleo mismo de la acción histórica en un doble plano: en cuanto la cotidianidad de un individuo o de una familia corresponde a un patrón social y a una época, sus maneras, sus papeles sociales, sus prejuicios y sus valores son compartidos; le vienen de la sociedad y del pasado social; la libertad individual, por plena y rica, nunca puede pasar esos umbrales. En este plano toda la novela es consistente y no hay un gesto, por único y específico que sea, que no vaya arrastrado por una gran fuerza de verosimilitud. Aun cuando las “coincidencias” buscan crear un efecto dramático: “En otra ocasión [...] Angélica y Félix se encontraron hurgando entre las cómodas y baúles de Gonzalitos (una mujer de la servidumbre). Un fuerte olor a lavanda los hizo fijarse en las prendas íntimas y cuando tiraban al aire pañuelos, guantes, medias de seda —Lesley-Anne se quejaba porque últimamente se le perdían ciertas piezas de su ajuar— oyeron en la calle voces fuertes, gritos, bocinas de automóviles y, sobre todo, un ruido seco y las agudas notas de un silbato. Se lanzaron hacia el balcón y desde allí observaron cómo desde la esquina un policía corría tras un gamín, seguido por una multitud de vociferantes transeúntes. El muchacho, con una bolsa de señora en la mano, decidió atravesar la calle en diagonal y fue ese el momento en que el policía se detuvo, echó una rodilla en tierra y fríamente apuntó con su pistola. Se oyó la detonación y el cuerpo del gamín cayó en la acera de enfrente, resbaló un poco, como un pesado bulto, deteniéndose sin convulsión alguna contra el sardinel... Los niños se desatendieron de lo que ocurría en la calle y volvieron a escarbar entre las prendas y, sin saber cómo y sin que mediara ninguna invitación, se desvistieron”.

El segundo plano, que a mi juicio debe construirse sobre el primero, se refiere al comportamiento probable de una clase social oligárquica, en una sociedad y un estado oligárquicos (esa es la concepción del autor). Una clase que lleva la *vita contemplativa* propia de su condición de riqueza, poder y prestigio. Aquí surge quizás el problema de la verosimilitud de la novela, esto es, la adecuación

de su “atmósfera” a la atmósfera histórica y social. Aquí planteo dudas, achacables al estado de la investigación histórica colombiana ².

Habría que comenzar recordando un dato bastante crudo: en el siglo XX han pasado por la cancillería de San Carlos 98 titulares. Hasta hoy tendríamos un promedio de duración en el cargo de diez meses y medio, promedio que ha aumentado considerablemente desde 1970. El año 49, por ejemplo, cuando la catástrofe política nacional motiva en Félix Barahona un cambio personal de una magnitud acorde, hubo tres nombramientos en el ministerio de Relaciones, y en ese cuatrienio (1946-1950) hubo diez nombramientos para el cargo de canciller.

La superespecialización en asuntos canceleriles, como ocurre a los Barahonas, no era una vía transitable. La observación no es trivial. Tiene que ver con la naturaleza del Estado colombiano, como organización y burocracia. Incide en las pautas de las carreras típicas de la clase política y en los nexos entre ésta y lo que llamamos la “oligarquía”, a la que pertenecen los Barahonas. El mismo canciller, Santiago Barahona, reconoce las dificultades infranqueables que se interponen entre su proyecto de erigir *au grand sérieux* una carrera diplomática en Colombia, y la torva realidad creada por los políticos. Esta separación tajante entre los dos Barahonas, Gonzalo y su hijo Santiago, con la clase política de la época (más articulada y socializada en los valores y normas de la “oligarquía” a la que pertenecía o a la que accedía y, por ende, más homogeneizada por una visión del mundo ampliamente compartida) es artificial y debilita el planteamiento histórico de la novela.

Es evidente que desde el mismo siglo XIX, cuando en el período radical se fueron echando las bases de lo que hoy consideramos sistema clientelista, algunos sectores de la elite bogotana prefirieron marginarse de la vida pública y dedicarse de lleno al “romanticismo práctico” de los almacenes, haciendas de tierra caliente y operaciones especulativas. Pero los Barahonas escogieron, en cabeza de Gonzalo, otro camino: ejercer desde los altos cargos diplomáticos.

Fue precisamente ese acercamiento al Estado de sectores sociales de riqueza y estatus social elevados, lo que impidió que en Colombia se rompiera el principio unificador, una vez que, a raíz de la derrota de Obando, Melo y los artesanos, fue creciendo el distanciamiento de las clases sociales.

Sabemos bien que con el correr de los decenios, desde 1855, los gustos y las indumentarias, los estilos y la educación formal, el perfil socio-profesional, fueron marcando distinciones casi infranqueables. Dándole piso a todo ello estaba un cuadro de creciente concentración de la riqueza y del ingreso. Pero al mismo tiempo se desplegaba otro cuadro, muy dinámico, de movilidad social por las vías del bipartidismo que arraigaba como una forma específica de *cultura* política (y no sólo de *estructura* política), del mestizaje y de la inmigración de talentos jóvenes a la capital de la república. Por otro lado, y quizá hasta los años de la primera guerra mundial, la condición urbana de Bogotá, su tamaño y las características de su planta física y de su equipamiento, la especificidad de sus funciones tradicionales, el número de sus habitantes y su distribución espacial, obligaban a concurrir en un mismo mapa físico y mental a todas las clases sociales, desde el bajo pueblo hasta la más rancia “aristocracia”.

En este abigarrado contexto, costumbres, creencias y mitos políticos acompañados y arraigados en todos los adultos dieron impulso a un sistema político

² Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, 1a. edición en lengua española. Bogotá, Universidad Nacional, 1987, págs. 29-80.



cuyas intensas resonancias bien podían comenzar o terminar en un salón bogotano; el hecho contundente era que daban la vuelta a Colombia por veredas, plazas, tiendas, cuarteles o iglesias. Nadie escapaba de este sistema de vasos comunicantes, creado en el período de la Gran Colombia. Con fino sentido del desarrollo cultural colombiano, Malcolm Deas nos ha mostrado cómo Obando fue el primero que trató de utilizarlo para crearse una popularidad nacional, en un país que todavía no se había integrado como nación ³.

Los salones no eran, al menos para el caso de gente como los Barahonas, el reducto elegante de una clase exclusivista, sino además uno de los puntos de la red que acogía curas carlistas de un extremo y masones “jacobinos” del otro y en la cual cabía mucho “pueblo”, mucha “oligarquía”, y mucho “medio pelo”.

La reconstrucción de este mundo en la memoria de Félix Barahona se erige sobre elementos demasiado selectivos que acentúan las características de una vida privada suprasensible, penetrada de un europeísmo despreciativo del medio colombiano, un tipo de vida privada en la que la decadencia es avasalladora y que fue poco probable como norma.

Los jeroglíficos del poder

El término *felinos* juega a lo largo de la novela con casi todos sus significados posibles. Alude a todos los colombianos, con la autoridad del verso de Darío: “Colombia, tierra de leones”. También al carácter zoológico de la lucha política, humanizada por la diplomacia, que, al menos en la etimología, está emparentada con los vocablos *presbicia* y *proxenetismo*. Esta visión desencantada de Félix Barahona sobre ambas actividades, la política y la diplomacia entre nosotros, en la versión de su abuelo apunta a los *leopardos*, ese

³ M. Deas, “la presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república”, en M. Palacios (compilador), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983, págs. 149-173.

cuarteto de jóvenes derechistas y provincianos que en los veinte amenizaba las tertulias del café Windsor y que más tarde se constituyó en influyente club político. “En efecto —dice Gonzalo Barahona— los llamados *Leopardos* fueron la mejor encarnación en política de la divisa felina que parecía justificar su vida y sus convicciones y cuyo lema auspiciaba el motivo que ilustra la Empresa XXXIII de Saavedra Fajardo y en la que aparece un león reflejado en los pedazos de un espejo roto”.

En la novela, la obra del embajador murciano de Felipe IV —cuyo tema es el discernimiento de la razón de Estado para un monarca católico que debía moverse en las traicioneras aguas de las alianzas dinásticas del siglo XVII— es empleada como texto y pretexto.

Como texto hace suponer que Gonzalo Baharona la leyó concienzudamente y aplicó sus consejos. Como pretexto, el libro de Saavedra Fajardo se convierte en objeto de disputas y fraudes de bibliómanos en el sentido intelectual y delictivo.

En 1936, durante su primera estancia en Nueva York, Félix Baharona gestiona en la biblioteca pública de la ciudad (cuyo pórtico está flanqueado por dos leones de piedra) una referencia bibliográfica para su abuelo, quien sostiene una intrincada polémica con Gavidia, encarnación del modelo colombiano de la envidia. Por el azar de las circunstancias y sin propósito, Félix termina enviando a su abuelo una referencia certificada por la biblioteca de Nueva York, en la que aparece una edición magunciana de las *Empresas* de Saavedra Fajardo, hasta entonces desconocida. La edición no existe, pero su certificado proporciona al abuelo un contundente triunfo y lleva al suicidio a su ponzoñoso enemigo. Más tarde, hurgando los cajones del abuelo, Félix encontrará documentada la disputa Gavidia-Barahona.

La culpa de una desavenencia filológica que fue creciendo hasta convertirse en el odio patológico de Gavidia, no estribaba tanto en Barahona sino en Mancipe, una especie de Marco Fidel Suárez, un igual de Gavidia. ¿Por qué, entonces, Gavidia la emprende contra Baharona? Félix supone, con instinto certero pero quizá poco práctico, que “para un arribista atacar al poderoso, es una forma de tocar la gloria”.

El otro momento en que la obra de Saavedra Fajardo es pretexto nos introduce en ciertas modalidades de la administración colombiana. Félix descubre que uno de los libros de protocolos del consulado de Filadelfia (trasladado a Nueva York) han arrancado los folios que corresponderían a las páginas 85 a 94. Cuando reniega de sus atributos esenciales, desertando del clan Barahona, acude en su arrebatado a la biblioteca pública de Nueva York; pide una edición de las *Empresas*, y arranca del libro las páginas 85 a 94; deja una firma ilegible y una referencia al libro consular de protocolos. Por lo demás, los números de las páginas “correspondían por un siniestro azar” a los números que había empleado un antiguo cónsul en Filadelfia, enemigo de su abuelo.

En su juventud, Gonzalo Barahona, gracias a las conexiones de su familia, había descubierto la piedra de Rosetta que le permitiría descifrar los jeroglíficos de la política, le abriría sus puertas, y así fue “cada vez más creciente su devoción por la filología”. El culto de Gonzalo al poder las palabras expresaba su apego al arte bogotano del eufemismo, “la obsesión del colombiano por hablar como los dioses”.

El correlato es un actuar igualmente eufemístico, la calculada manipulación de personas y acontecimientos, exitosa en Gonzalo y que “su hijo y su hieto le heredaron y adoptaron como suya [...] *asumir siempre una actitud de neutra aquiescencia respecto a las cuestiones más delicadas*”. Quizás más que eufemístico un actuar teatral: un teatro del poder en que para ser personaje se debe saber cambiar de máscara, porque la máscara no sólo encubre sino que “es intocable y establece una distancia entre el espectador y ella”⁴.

Los Barahonas son de la clase de gente que sólo deja traslucir su dimensión moral del mundo a través del lenguaje eufemístico, modales y modas, y que requiere vaciarse de ideas abstractas para actuar con soltura. La armadura conceptual de los Barahonas, se apuntalaba en dos duques, Chateaubriand y Saint-Simon, y en el gran embajador de Felipe IV, cuya filosofía no tenía nexos directos con la historia vivida por ellos, como la Constitución del 86, el concordato pactado por Núñez y cuyos intrínquilos dominan el abuelo y el canciller, la cuestión panameña o los preparativos del laudo arbitral de la frontera colombo-venezolana.

La tolerancia religiosa no es problema, ni siquiera tema, para estos diplomáticos, pese a las “legalizaciones” conyugales de Gonzalo, repudiador de Teotiste Mancera y amante y subsiguiente esposo de la anglicana Lesley-Anne Bellamy. Poco sabemos, salvo el fastidio de Lesley-Anne, de las relaciones específicas de los Barahonas con los políticos y burócratas de la época. La neutralidad de los Barahonas es hasta tal punto contundente, que no toman partido en las fricciones, subterráneas para todo el mundo menos para gente bien informada como ellos, entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, que se van acentuando hasta desbordar los canales de la circunspección durante la inmediata posguerra y los años veinte. A los Barahonas los dejó tan indiferentes la “danza de los millones” como si escucharan un bambuco. Pero es difícil imaginar una política exterior en que no intervengan petroleros, bananeros, aseguradores y banqueros; contratistas de ferrocarriles, puentes y puertos, o proveedores de armas, caballos, driles y botas por las fuerzas militares; una política ramificada, porque sus gestores e intermediarios abarcaban todo el organigrama de la administración pública, como lo demostraron con singular maestría las caricaturas de Ricardo Rendón. ¿Cómo es que estos creadores de derecho internacional, que veían la separación entre lo público y lo privado en *sfumato*, no se atrincheraron en una buena oficina de abogados, defendiendo tantos y tan cuantiosos intereses en juego?

Gonzalo no fue un filólogo. Fue un instrumentista que hizo de la parla fina su instrumento. Pronto debió descubrir que para ascender al poder político por la vía de la filología necesitaba más que filología. Caro o Suárez como filólogos de dedicación exclusiva son una leyenda. Cuervo o Uricoechea, que sí lo fueron, se autoexiliaron en Europa.

Es posible que ese tipo de intelectuales —como hoy los economistas y ayer los juristas— encarnara el vínculo orgánico que en nuestras sociedades ha existido entre los intelectuales y el poder. Al fin y al cabo, venimos de la tradición que dice que “en el principio fue el verbo y el verbo se hizo con el poder”. Pero la carrera de un Caro demuestra que fue un formidable periodista, un ideólogo bien conectado, un burócrata de tradición y sobre todo un hombre de ideas claras —económicas y constitucionales—, en un período de confusión mental, como lo descubrió en el momento preciso el finísimo olfato de Núñez, político

⁴ E. Canetti, *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981, pág. 272.

de veras clarividente que supo combinar el conocimiento del mundo noratlántico y de las idiosincrasias nacionales.

En su vicepresidencia, Caro quiso hacer de la Constitución del 86 una catedral gótica, en un país que no tenía la tradición para hacer los cálculos de un andamiaje pétreo tan complejo. Las alturas ofrecidas, la inestabilidad de los cimientos y de los pesos y contrapesos, llevaron al desplome sangriento de la guerra de los Mil Días.

Del episodio, como de todos los demás, hasta la balacera en el recinto del congreso de la república en 1949, salen ilesos y airosos estos Barahonas. Pero si la fuerza incontrovertible de Caro fue el sello ideológico que imprimió a su lucha, la definición de una nación *ontológica* y no *histórica*, eterna en su hispanismo y catolicismo, presentada como pálida copia en los escritos del otro filólogo-presidente, el señor Suárez, en Gonzalo Barahona no encontramos más que escauceos y ensayos insuficientes y por ende poco convincentes de su papel.

Por lo demás, es bien sabido que durante la república conservadora las candidaturas para las más altas dignidades del Estado provenían del nuncio y del primado.

Esto para no hablar en detalle de los fraudes y corrupciones con los bonos públicos, principalmente con los de la deuda externa. Su “manejo” requería la aritmética suficiente para especular, jugando con la tasa de interés, la posible tasa de devaluación y el fluctuante valor de mercado. La edad florida de la carrera ascendente del joven Gonzalo Barahona en Londres y París, coincide con uno de los períodos colombianos famosos por los escándalos de corrup-





ción política. La punta del témpano de las negociaciones de la deuda pública puede entreverse en los escritos polémicos de Jorge Holguín y Santiago Pérez Triana; por lo demás, las andanzas de este último fueron objeto de chistes malévolos contra su padre, el patricio radical perseguido hasta el final de sus días —y aún después— por la ferocidad ultraclerical. Se decía entonces que don Santiago Pérez había producido dos cosas: un libro, que se vendía muy mal, y Santiaguito, que se vendía muy bien...

Paidología

Los felinos también son Félix y Angélica, nietos de Gonzalo, hijos del Canciller. Nacieron como correspondía a una familia diplomática: Félix el año del asesinato en Sarajevo, y Angélica en 1918, el año del armisticio que puso fin a la terrible carnicería humana. Angélica murió de tuberculosis el año en que Hitler invadió a Polonia: “duró lo que la paz de Versalles”, comentaría el abuelo. Gonzalo los llamaba Dioscuros, cuando advirtió que desde su infancia sacaban garras y se rebelaban solidariamente contra las reglas básicas de la casa. Captó con cierto sobresalto que la alianza de esta pareja podría encerrar inconvenientes, puesto que si “el encesto entre parientes era un riesgo aristocrático”, no debía ser llevado a los extremos. La familia y la tradición buscaron separar a la pareja de felinos, con resultados adversos.



En efecto, el mundo de los niños es hermético, insensible a todo aquello incapaz de ganar su mancomunada curiosidad de modo espontáneo.

Las lecciones de griego que recibe Félix sólo alejan temporal y materialmente a los hermanos y crean entre ellos una alianza espiritual más firme. La aduana educativa no dejaba pasar mujeres: “enseñar griego a una mujer es como arar en el mar”. El aprendizaje del griego (en un país que ni siquiera tenía un miserable consulado en Grecia, comentará después Félix) le sirvió con creces para mofarse y despreciar al prójimo, comenzando por Luisa Galván, su esposa. El aporte más sustancial en este campo fue quizá la etiqueta que puso al servicio diplomático: “la piara de Epicuro”, versión griega del actual “el país se derrumba y nosotros de rumba”.

La *carrière diplomatique*, para la que Félix estaba destinado desde la cuna, es el segundo medio de separación de estos Cástor y Pólux, puesto que la diplomacia es actividad masculina por definición: “la única carrera que las mujeres pueden exhibir es la de sus medias”.

Final e irremisiblemente, el matrimonio de uno de ellos debería desunir a los felinos. A pesar de todas sus resistencias, Angélica se casa con un idiota bueno y comprensivo, incapaz de ejercer el tutelaje de los derechos del domicilio de la mujer casada consagrado en el código civil promulgado para todo el país desde 1873 y que dejó intacto la reforma a que fue sometido en 1932, aunque atenuó levemente su *capitis deminutio* con relación a la disposición de los bienes. Angélica atraviesa las fases finales de su enfermedad en la casa paterna, más cerca que nunca de su hermano.

Ni el griego, ni la trinidad clásica de la biblioteca de Gonzalo consiguieron moldear el carácter de Félix, al menos en lo que concernía a las expectativas paternas. Félix se extravía. Prueba que no transige con “el arribismo por la vía del soneto”, dedicándose a las matemáticas. Afición que es otra forma de escapar a la realidad histórica, porque si una ecuación se resuelve de igual manera en la Atenas Suramericana que en la China, un epígrafe bogotano sólo pueden entenderlo los del lugar. Además, su papá le había explicado que “la aritmética y esas cosas [...] están muy bien para los comerciantes de Antioquia, para los judíos o para los que construyen puentes, pero no para gente de la *carrière*”.

Atolondrado, aumenta su amor por la lógica matemática para terminar descubriendo el principio de indeterminación que, si bien hacía añicos todo el saber positivista de sus contemporáneos, lo fue arrinconando a conclusiones insólitas. El formidable principio según el cual el azar está inscrito en las leyes de la naturaleza le dejó comprender a cabalidad el carácter inevitable de su trasgresión del tabú de la sangre.

Una glosa adicional:

Sabemos que desde 1890 hasta 1955, aproximadamente, la tasa cambiaria permitió a la elite colombiana vivir más barato en Londres, París o Nueva York que en la *polis* nativa. ¿Por qué educaron a Santiago y, sobre todo, al rebelde Félix en Bogotá?

Acción y exhibición

“Gris el ambiente de los aposentos y de la servidumbre, negra la vestimenta de los habitantes y como una fulminante raya en diagonal el rojo profundo de las

mujeres. Así veía [Félix] su infancia: un cuadro siempre orlado en un sepia reminiscente y magnífico". El "color de su memoria", el cromatismo, corresponde a los valores de un universo en el cual los hombres son los organizadores de un espectáculo implacable en el que las mujeres se exhiben; o mejor, en el que los hombres *actúan* en los escenarios del poder y las mujeres *desfilan* en los escenarios de la domesticidad, legal o clandestina.

En la superficie, en la forma, mas no en las profundidades de la conciencia moral, los cánones sociales —cuya teología data de los siglos XI y XII— regulan el matrimonio como una alianza, un pacto que vincula familias y no individuos. El matrimonio no es un medio para aliviar el desfogue o, como hubiera deseado san Pablo, para compartir la continencia. Para el placer de casados y solteros estaban las guarichas, que en la época juvenil de Gonzalo debían inscribirse en el cuerpo de policía de la ciudad y en la dorada juventud de su hijo y de su nieto debían hacerlo ante la inspección municipal de higiene. Pero en un país católico y de tradición de monopolio católico, la forma-matrimonio depende de las relaciones políticas entre el Estado y la Iglesia. La forma deviene de sacramento en contrato o viceversa: al menos eso fue lo que debió experimentar la generación de Gonzalo Barahona. Más de una vez debió preguntarse: si él, Gonzalo, fue el godo que manipuló el concordato para separarse, ¿los viejos radicales no aprovecharon la misma ocasión para hacer lo contrario, para anular ritualmente el matrimonio civil mediante la ceremonia eclesiástica? ¿El mismo, cuando era agnóstico, no había contraído por el código de Bello, como todos los radicales que ahora renegaban de ese gesto supremo de fe política?

Tolstói comentó que "si el propósito del matrimonio es la familia, la persona que desea tener varias esposas o esposos seguramente obtendrá mucho placer, pero en tal caso no tendrá una familia". Gonzalo hubiera anotado que, en efecto, dicha persona no tendría una familia sino varias.

La transición familiar de Gonzalo, el brinco de Teotiste, "una idea de sopor" a Lesley-Anne, el "complemento directo", es un cambio de forma que desborda los límites jurídicos. Es un asunto de moda: "Así, tras su legalización conyugal con la Iglesia, el abuelo comenzó a exhibir una gordura tal solvente que incluso pasó a formar parte de su currículum. Y lo que en él era cuestión cuantificable por el volumen, en Lesley-Anne era etéreo e inclasificable, pues no en vano alteró con su belleza el medio capitalino y lo que se le opuso lo arrasó con su elegancia".

Respecto a la belleza de las mujeres, queda la observación de Stendhal: "En la república, sus formas deben anunciar más bien la felicidad; en las monarquías, el placer". El instinto preferente de Gonzalo y sus congéneres seguía siendo, a este respecto, monárquico. ¿Dónde quedaba el cuadro institucional? ¿O acaso para ellos la forma-constitución estaba, de modo similar, enmascarando una realidad estamental y antidemocrática? ¿Las formas legales estaban *adelantadas* respecto a los contenidos sociales y culturales? ante el dilema, los Barahonas se habrían inclinado por reverenciar la costumbre presumiendo aplicar la ley. ¿No era ése el dilema colectivo desde los orígenes mismos de la república?

El matrimonio es alianza de familias. Desde siempre Gonzalo Buenahora calculó el enlace de su hijo o de su nieto con la rama barahoniense, rica y poderosa, de La Española, o sea de la República Dominicana descontándole Haití. Santiago fue incapaz de colmar sus esperanzas. Félix las llenará a





medias casándose con una prima de la rama insular, Luisa, a quien llaman “la joya del Delta”, “la joya de Luisiana”, porque antes de conocer a su futuro marido había sido “una de las piezas más tiernas del voraz apetito” de Porfirio Rubirosa.

En la vida política colombiana la familia ha desempeñado un papel central. Las familias extensas de la época se vinculaban y añadían solidez a sus negocios y a sus posiciones por medio de alianzas matrimoniales. En su estudio del liberalismo colombiano de la segunda mitad del siglo XIX, Helen Delpar ha demostrado una clara orientación endogámica entre la elite roja, y no hay ninguna razón para pensar que los azules no aplicaran la misma regla ⁵.

Un hombre público y multifacético como el general Jorge Holguín, además de amigo de los Barahonas, debió de servirles de modelo. En una entrevista que le hicieron en 1927, poco antes de su muerte, el general confesó que “el único título del que puedo vanagloriarme es el de haber estado siempre muy enamorado de mi mujer”. Asuntos del más puro fuero interno, hubiera dicho Gonzalo. “¿En qué año se casó usted?”, pregunta la reportera. “El 9 de agosto de 1877 me casó el arzobispo Arbeláez. Tengo once hijos y treinta y seis nietos”. Además, el “romanticismo práctico” le había dado una fortuna ⁶. ¿Cómo habría respondido Gonzalo Barahona la última pregunta, si se la formulan en 1949, cuando contaba 85 años? “Me casé en 1885 por lo civil y de ese matrimonio tengo un hijo, “el canciller”, y una hija monja; tengo un nieto y una bisnieta. Mi nieta Angélica murió con la paz de Versalles”. Al menos por este aspecto, la familia de Gonzalo no era típica entre sus pares.

Sutilezas

Con prodigiosa ironía el autor introduce en el texto el término *polisemia*. Una buena mañana Majilia, la sirvienta chocoana de los Barahonas, anuncia que la señorita Ofelia Rayrán había muerto de polisemia durante la noche. “Se hablaba de una hermosa muchacha a quien su marido mató accidentalmente durante la luna de miel —¿a qué extrañas maniobras se dedicaban los amantes?— por lo que, si todos los hombres habían llorado en la boda, volvieron a hacerlo días después en su funeral. O la desaparición de Elvira Silva, a quien el abuelo decía haber conocido, pues por lo visto, tal y como ocurrió con la otra difunta, todo el mundo estaba enamorado de ella —¿no aparecía una Elvira Silva hasta en el Hernani de Verdi?...”.

Las lágrimas dan buen tono a este territorio masculino. Al fin y al cabo Angélica debió su nombre al poema *Las lágrimas de Angélica*, que escribió en 1586 el verdadero fundador de la dinastía, Luis Barahona de Soto, traductor de los clásicos y clásico él mismo, a quien tuvo en mucha estima don Miguel de Cervantes, según solía recordar con inflamado orgullo su remoto pero directo descendiente neogranadino, don Gonzalo, una vez que construyó el árbol genealógico. ¿Y acaso Angélica la Bella no es objeto de especial atención en el *Quijote*, el único libro de más de cien páginas —aparte de tratados matemáticos— que leyó Félix, en pos de una clave?

Enmanuel Le Roy Ladurie popularizó la historia medieval con su famosísimo *Montaillou*, estudiando con el mayor detalle, encanto e imaginación aspectos como el lenguaje corporal y el sexo en una aldea pirenaica francesa, cerca de la frontera con España. Las lágrimas, ha recordado recientemente Roland

⁵ H. Delpar, *Red Against Blue. The Liberal Party in Colombia Politics, 1863-1899*, Montgomery, The University of Alabama Press, 1981, págs. 55-59.

⁶ L. Martínez Delgado, *Jorge Holguín o el político*, Bogotá, Caja Agraria, 1980, pág. 353.

Barthes, tienen historia, y para el efecto cita a Michelet. También a Schubert: “¿Las palabras qué son? Una lágrima dirá más”⁷.

Pero en asuntos de sollozos, el abuelo y el Canciller fueron poco schubertianos, y es dudoso que alguno de los dos duques tutelares o el mismo Saavedra Fajardo hubiesen tratado el tema. Así es que deciden mantener en secreto la mortal enfermedad de Angélica, porque “no estaban los tiempos para exhibir desde su alto sitio una enfermedad que para muchos no sólo era síntoma de plebeyez y pobreza sino —y esto era lo peor— que en todo y por todo aparecía como pasada de moda”. La moda desapareció al poco tiempo con una vacuna, aspecto insustancial para los Barahonas. Mientras la enfermedad avanzaba, “una vez más la sutileza exhibió sus dones. A partir de los primeros síntomas todo adquirió aspectos sofisticados, como cuando el Canciller, en tono perentorio, ordenó que jamás se volviera a poner *La traviata* en el fonógrafo, pese a que durante décadas esa ópera hizo las delicias de Lesley-Anne”.

Después de la muerte de su hermana, Félix decide usar bastón, en gesto que concilia refinamiento y sentimiento.

En suma, la efervescencia política bipartidista, el mestizaje acelerado, la inmigración a Bogotá de talentos provincianos en busca de oportunidades, dieron ritmos y matices inesperados a la clase que parece representar los Barahonas. El espíritu comercial y capitalista arrinconó sin misericordia a los duques de la biblioteca y a los “exquisitos” de la calle real.

Para haber permanecido arriba hasta 1949, los Barahonas han debido empararse de ese “romanticismo de lo práctico” sugerido por Luis Ospina Vásquez. Han debido tener más parentela para conformar una familia política, y más amigos para rodear la familia, ramificarse en el poder, configurando un clan político que hiciese viables los sueños de Gonzalo y le prestara apoyo a Félix Barahona, aparte de su imaginación un poco atolondrada y de su bastón. Supongo que algunos mecanismos de la perplejidad, o acaso debamos decir de la neurosis de Félix Barahona, borraron de su memoria estos elementos del microcosmos social de interés para el historiador; un “abuso del ingenio”, habrían dicho en el siglo XVIII francés.

En cuanto llegó a Bogotá, Lesley-Anne decidió que se trataba de Cumbres borrascosas. Decenios después, en un viaje a Londres, resolvió no regresar jamás. La habían hastiado la cursilería y la mezquindad pueblerinas. Ese es, sin duda, el punto de vista de Moreno-Durán: una crítica devastadora al parroquialismo de un mundo que se cree cosmopolita.

En el epígrafe el autor manifiesta, antes que un credo estético, un hondo sentido internacionalista por el cual las cancillerías serían anacronismos que dan vida simbólica e institucional a fronteras provisionales que algún día desconocerá la implacable marcha hacia la unidad del género humano. Su dedicatoria a Rafael Gutiérrez Girardot y a Juan García Ponce, la reflexión y el estilo, armoniza con el mismo propósito: su obra está situada más allá *d'aucune nationalité prévue par les chancelleries*.



⁷ R. Barthes, “Un discurso amoroso”, en *Diálogos*, núm. 102, noviembre-diciembre, México, El Colegio de México, 1982, págs. 10-11.